

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY y Leslie G. FREEMAN, *Excavando la cueva de El Juyo. Un santuario de hace 14.000 años*, [Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira nº 25], Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Subdirección General de Documentación y Publicaciones, Madrid 2015 (63 pp. y XI Apéndices), NIPO: 030-15-378-6.

Destaca este libro sobre un yacimiento arqueológico por varios motivos: su autoría por sólidos expertos en el conocimiento del Paleolítico medio y superior, su edición en la prestigiosa serie de Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, y su aportación como género singular que aúna los datos del trabajo de campo con su interpretación arqueológica en una atractiva y bien argumentada exposición escrita.

Excavando la cueva del Juyo es un trabajo póstumo que sus autores (Joaquín González Echegaray, de Santander 1930 a Santander 2013; Leslie Gordon Freeman, de Warsaw/N.Y. 1935 a Portland/Oregon 2012) dejaron prácticamente preparado antes de su fallecimiento; y el último que han publicado. Llegado Freeman a Cantabria en los años 60, para hacer su tesis sobre el Paleolítico medio regional, estableció sólidas líneas de cooperación científica con los trabajos de González Echegaray. Juntos desarrollaron aquí excavaciones en sitios muy importantes (Morín que de 1966 a 1969 fue para bastantes prehistoriadores peninsulares una efectiva escuela de campo, El Juyo entre 1978 y 2000 o Altamira en 1980 y 1981), publicaron un extenso repertorio de textos de interpretación del Paleolítico del norte peninsular y dirigieron su I.P.I. (Instituto para Investigaciones Prehistóricas en Santander / Institut for Prehistoric Investigations en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago).

El objetivo del libro, como queda recogido en el apartado «El qué y el porqué de este libro», era paliar la imposibilidad “biológica” (o sea, la edad/salud y la distancia Santander/Portland de los autores; a más de la dificultad para articular tantas disciplinas del nutrido material recuperado) de encarar un trabajo científico de base analítica donde se expusiera en detalle la totalidad de los materiales arqueológicos recuperados, de estudiar su contexto y de presentar las conclusiones de los trabajos en la cueva de El Juyo desde 1978 a 1980 y desde 1982 a 2000. Así prepararon esta obra de síntesis donde se presentan, con un carácter científico de alta divulgación, las discusiones, valoraciones y conclusiones de lo que vienen a ser los últimos capítulos de un trabajo puramente científico. Sus autores ya habían abordado empresas similares de interpretación arqueológica sintética con una muy argumentada exposición en sendos textos dedicados a Morín (*Vida y muerte en cueva Morín* en Colección de Bolsillo nº 9, Institución Cultural de Cantabria; Santander 1978) y Altamira (*La grotte d'Altamira* en col. Terres Préhistoriques, La Maison des Roches; Paris 2001) que han tenido una acogida muy exitosa entre especialistas y ‘gran público’.

A la espera de lanzar una edición en papel, el libro se ha presentado en formato digital (http://museodealtamira.mcu.es/web/docs/Prehistoria-yArte/MdA_Excavando_la_cueva_de_El_Juyo.pdf), siendo el nº 25 de la prestigiosa serie de Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira. La biblioteca constituida por los tomos de esta Colección de Monografías (creada precisamente en 1980 y dirigida durante su primera andadura por González Echegaray) es absolutamente imprescindible sobre las dos coordenadas de trabajo del Museo, el Paleolítico y Mesolítico nordibéricos y la conservación del arte rupestre español: publicando significativas tesis de doctorado sobre Aziliense (J. A. Fernández Tresguerres), Magdaleniense inferior y medio (P. Utrilla), Asturiense (M. González Morales), inicios del

Paleolítico superior (F. Bernaldo de Quirós), Solutrense (L. G. Straus), arte mobiliario (S. Corchón), radio/geocronología (M. J. Soto-Barreiro) y sílex en la cuenca vascocantábrica (A. Tarrío), memorias de excavación del Rascaño (J. González Echeagaray e I. Barandiarán) y del Juyo (I. Barandiarán, J. González Echeagaray, L. G. Freeman y R. J. Klein), las contribuciones a varios congresos y coloquios (sobre geocronología del Paleolítico superior, estudios de arte paleolítico, neandertales y Gravetiense) y varios volúmenes sobre la conservación de Altamira (E. Villar, F. Piñón, VV.AA.).

La publicación se estructura en siete capítulos y once apéndices. Los tres primeros capítulos (1, 2 y 3) son de intención genérica; los otros cuatro (4, 5, 6 y 7) profundizan en cuestiones de determinación de usos y comprensión del sitio. Los apéndices concretan otros tantos aspectos variados del trabajo arqueológico: bibliografía, patrocinios, personal científico, diagrama polínico, restos macrobotánicos, los grandes mamíferos en las campañas de 1978-1979, presencia diferencial de elementos anatómicos de ciervo en los niveles 6 y 4, microfauna, estadísticas sobre la distribución de piezas y variaciones en la industria lítica por niveles.

En el capítulo 1 («El país de la cueva de El Juyo») se presentan la localización, el contexto ambiental, el descubrimiento y la historia moderna de la frecuentación, la adecuación del entorno, la historia de las investigaciones y el desarrollo del proyecto científico. Destacan como elementos relevantes en la estrategia y posibilidades del estudio arqueológico actual de un yacimiento en cueva: a) la excavación en extensión dirigida al reconocimiento de las conductas humanas (paleo-etnografía); b) la intención multidisciplinar del proyecto en varias analíticas y de recuperación «integral» (cribado en agua y pruebas químicas *in situ*); y c) la constitución de un equipo de trabajo transnacional (España y EE.UU.). Y en lo peculiar del importante sitio del Juyo: a) el reconocimiento explícito de su especialización en la caza de ciervos; y b) la posibilidad de estudiar la variabilidad tecnológica y conductual en una fase cronocultural muy precisa (el Magdaleniense III o inferior) en varios niveles acumulados durante un tiempo relativamente corto.

En «El mundo de los cazadores prehistóricos de El Juyo» (capítulo 2) se contextualiza su signi-

ficado con otros yacimientos cercanos de cronología similar, se propone la reconstrucción climática y paisajística de su entorno y se avanzan cuestiones destacadas que más adelante se discutirán, como: a) la presencia de restos relacionados con la explotación y consumo de vegetales (como frambuesas, bellotas y avellanas); b) la puesta en práctica de técnicas de persecución de animales «al relevo» hasta su agotamiento, la caza desde puestos fijos, al acecho y rececho; c) la presencia destacada de algunos instrumentos -más de trescientas azagayas; d) práctica de marisqueo y pesca; e) la importancia de la vestimenta, propuesta a partir de 81 agujas; f) la existencia de arte mueble que vincula a El Juyo con yacimientos cantábricos y permite reconocer la existencia de redes culturales durante los 15.000-14.000 BP g) la existencia de «*facies o modelos culturales*» interpretados a partir de la variabilidad técnica. Cabe destacar la consideración que los autores defienden del Magdaleniense inferior como «cultura... de mayor apogeo de todo el Paleolítico en la cornisa cantábrica».

El capítulo 3 («Cómo es la cueva de El Juyo») detalla su topografía y la búsqueda del acceso paleolítico a la cavidad, describe los 14 niveles de su depósito arqueológico e insiste en la presencia de los osos (zarpazos y oseras) reflexionando sobre la posible manipulación/reutilización ritual (¿simbolismo?) de los zarpazos (unos de ellos repintado en negro).

En «Mariscadores y artistas» (capítulo 4) se desarrolla ya uno de los objetivos de interpretación paleo-antropológica a partir de planteamientos etnográficos. Los primeros niveles del Magdaleniense inferior (8 y 9, de hace unos 15.000 años) manifiestan una ocupación humana estrechamente ligada a la explotación (con traslado en bolsas de cuero) de recursos marinos durante la primavera y el otoño: lapas (*Patella vulgata*), bigaros (*Littorina littorea* y *Littorina obtusata*) y crustáceos. A la vez que se dedica a la pesca (a mano o con otros «trucos o artes») de salmónidos (se recuperaron más de 500 vértebras y unas 45.000 espinas).

Los autores sostienen que la ocupación fue de largo alcance anual, proponiendo que la caza animal (en general «algo secundaria y más ocasional» principalmente de ciervo y, en menor medida, de corzo, caballo y bisonte) permitiría establecerse

durante el invierno. Durante el verano los grupos humanos se trasladarían a zonas altas para la caza de cabras y rebecos, poniéndose de manifiesto una complementariedad estacional en la ocupación del entorno estrechamente ligada a la subsistencia.

La presencia de una alta densidad de materia orgánica les lleva a reconocer probables estructuras vinculadas a la cocina de alimentos: reconociendo que las pruebas no son precisas (un hoyo cavado con paredes recubiertas de piedra y posteriormente cubierto de tierra) sugieren la existencia de modalidades de “asado al horno”. Por fin, y con un componente etnográfico marcado (rituales adivinatorios documentados en grupos de Europa, Asia y América), se propone la sugerente interpretación de los conocidos en bastantes casos cantábricos omoplatos de ciervo con grabados de ciervas estriadas, la práctica de la escapulimancia.

El capítulo 5 («Una gran matanza de ciervos») interpreta las evidencias recuperadas en los niveles 6 y 7, atendiendo la existencia de estructuras artificiales y la alta representación de huesos de esos animales. En la gran sala excavada de El Juyo se encontraban restos de unos 80 individuos, de los que se llevaban al yacimiento mayoritariamente las cabezas. En este contexto se propone que estas ocupaciones representan una “mortandad catastrófica” que se vincula a una “verdadera matanza indiscriminada en un corto espacio de tiempo y aprovechando una determinada y abundante presencia de tales animales en la zona”, posiblemente llevada a cabo principalmente en otoño, en el momento de la reproducción y coincidiendo con la berrea. Junto a ello, y a la presencia destacada de elementos de cornamenta, los autores sostienen, recurriendo a una visión etnográfica, que algunas pudieran ser representativas de acciones rituales donde las cornamentas supusieron trofeos cinegéticos.

Destaca una muy curiosa reflexión asentada también en la etnografía: que la alta presencia de hojitas de dorso, más allá de su uso para acciones cinegéticas, se justificaría porque algunas pudieran haber servido para el rasurado o afeitado de la barba.

Las estructuras artificiales (fosas excavadas de diferentes dimensión y profundidad y delimitadas por piedras) se interpretan en el ámbito de lo sim-

bólico; en el interior de algunas de ellas se localizaron astas de ciervo, mayormente completas, “algunas... debieron estar hincadas verticalmente y sostenidas por grandes guijarros aplanados cubiertos de ocre”. El hallazgo en una de ellas de un fragmento de metapodio de ciervo cortado en tres secciones similares sirve para proponer la práctica de la astragalomancia, que usa esos fragmentos o fichas a modo de dados en prácticas mágicas de adivinación donde el ciervo tuvo un papel relevante.

Con una perspectiva global, los autores interpretan estos niveles apuntando que “nos hallamos ante una ocupación de la cueva, que no está precisamente destinada a la prosaica vida cotidiana del cazador, que asa en el fuego la carne de las víctimas para su inmediata consumición en familia sino ante algún tipo de ceremonia ritual, sin duda también relacionada con la caza del ciervo, pero cuyo significado se nos escapa” ... “un lugar concreto destinado al culto en relación con las matanzas de ciervos en la estación otoñal”.

La rápida sedimentación documentada en El Juyo durante el Magdaleniense se ejemplifica en el nivel 4, datado en torno a 14.000 años (en el límite entre el Magdaleniense inferior y el medio) y al que se dedica el capítulo 6: su título, «El santuario de la máscara», avanza la interpretación simbólica que los autores propondrán.

El dato del que parten es una acumulación de, principalmente, azagayas, agujas, conchas, “bellas piezas” de sílex, huesos de las extremidades de ciervo, fósiles de moluscos marinos, pitos (silbatos a modo de instrumentos musicales, que cada uno emitía una nota diferente) y/o ocre, todo ello cubierto de diferentes capas de tierra traídas del exterior (“transportada al interior en pequeños recipientes cilíndricos, fabricados probablemente con la corteza flexible de algunos árboles”), asociado a túmulos de piedras (u hoyos asociados a éstos, donde en uno de ellos se localizó un tejido o estera carbonizada de sauce) y, uno de ellos, cubierto por una gran losa.

Este conjunto arqueológico se interpretó como una asociación de estructuras que incluía “ofrendas entregadas íntegramente a un ser de otro mundo, al que allí se le rendía culto”. La existencia de fosas en la parte baja de los túmulos correspondería a pozos fundacionales, recuperándose en uno de

ellos un contorno recortado de cierva (típico del Magdalenense medio) y asociándose también huellas de agujeros de poste.

Además identificaron como una máscara híbrida humano/felino (propuesta que otros prehistoriadores han discutido) un gran bloque de piedra que sugería naturalmente una cabeza humana a la que los prehistóricos habrían marcado con unos trazos pintados y grabados para concretar algunos rasgos faciales (incluido el pelo).

Según González Echegaray y Freeman todo el conjunto de pozos, fosas, túmulos, ofrendas y máscara, estaba circunscrito por un conjunto de piedras de diversos tamaños, a veces unidas con arcilla y alcanzando hasta un metro de altura. El acceso a esta “arquitectura” se hacía por el oeste, asociado a un enlosado irregular y donde identificaron una gran losa a modo de estela. El contenido de esta obra de fuerte adecuación del espacio y el suelo de la cueva se vinculó estrechamente a un “santuario”, un “recinto sagrado”, el “santuario de la máscara”; la misma posición de ésta se vincula a una interpretación astral, cuando la puesta de sol en el solsticio de verano la incidía directamente.

Un último capítulo 7 («Las otras cosas de El Juyo») presenta el arte rupestre de cronología variada: un caballo, un caprino, una cierva que recuerda a las estriadas de soporte mueble y superficies con color rojo de apariencia paleolítica, marcas negras asociadas al llamado arte esquemático-abstracto y *macaronnis*. Y alguna evidencia de la Edad del Bronce (un puñal característico), posiblemente con finalidad sepulcral.

La excavación en extensión (como preferencia frente a la percepción vertical y secuencial), la atención por la recuperación de evidencias “micro”, la visión espacial para contextualizar las evidencias en conjunto y el frecuente recurso a fuentes etnográficas, definen la reconstitución paleo-etnográfica y antropológica, de búsqueda de conductas, que González Echegaray y Freeman postulaban de la Prehistoria. Pesa la interpretación ritual, hoy diríamos simbólica, frente a la de cotidianidad (trabajo de instrumentos, procesamiento de animales, etc.; confiesan sus autores que “nos es lícito pensar, sospechar y reconstruir con la debida mesura

las formas de vida de aquellos nuestros antepasados paleolíticos”) a la que más estamos acostumbrados.

En fin, es éste un libro que recoge, de forma muy atractiva, las vivencias y valoraciones acumuladas durante un trabajo largo y serio: una sólida obra de alta divulgación. Avala un modelo de texto absolutamente imprescindible hoy, cuando (por falta de dinero o de reconocimiento) las administraciones públicas abandonan la preceptiva presentación de las largas, prolijas e ineludibles ‘memorias de excavación’. Si ya no venía siendo frecuente que los investigadores publicasen monografías de trabajos arqueológicos, desde hace unos 15 años esta tendencia está más en desuso: cada vez más requeridos (para un currículum a la moda) textos cortos y en “valores” de impacto, podemos decir que, hoy en día, las publicaciones de corte monográfica son “ejemplares en extinción”. En un contexto de reducción presupuestaria de fondos para investigación (y especialmente en el ámbito de las Humanidades o Ciencias Humanas), las publicaciones densas (que abarcan numerosas analíticas y reflexiones) y no inmediatas (cortas y de “rápida salida”) son muy difíciles de colocar. Ello implica que cada vez el modelo de publicación más seguido sea el digital, reduciéndose costes y permitiendo, aunque a los más apegados al papel cueste ver, una potencial mayor distribución en red y, en definitiva, un mayor uso.

En esas circunstancias, el libro de González Echegaray y Freeman es de necesaria y deseada consulta y de disfrute para todo el que quiera un mejor conocimiento de la Prehistoria de este rincón de Europa.

Debe agradecerse su acogida a la competente línea editorial defendida y soportada por el Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira que con éste alcanza su número veinticinco (desde el primero publicado en 1980) de monografías.

IGNACIO BARANDIARÁN MAESTU
UPV/EHU
ignacio.barandiaran@ehu.eus

MARCOS GARCÍA-DIEZ
UPV/EHU
marcos.garcia@ehu.eus
ORCID: 0000-0002-4135-5145